



Claudio Bertoni:

“Los verdaderos superhombres son los seres normales”

Por Enrique Symns

En la década del 70 formó Fusión, el primer grupo de jazz-rock del país, donde se destacaba como percusionista. También ha sido un fotógrafo tremendamente creativo y llegó a participar en una muestra colectiva en el Royal College of Art de Londres en 1974, realizando posteriormente infinidad de exposiciones en Chile, Alemania, Portugal y Estados Unidos. Con objetos devueltos por el mar en la playa de Con-Con, el lugar donde ha vivido en soledad en los últimos años, ha construido igualmente una obra visual que es una suerte de reordenación de los despojos humanos, como esa serie interminable de zapatos que alguna vez metió en la sala de un museo. Como poeta editó *El cansador intrabajable*, *Sentado en la cuneta*, *Ni yo* y recientemente *De vez en cuando*. Sin embargo, en esta entrevista, el discurso de Claudio Bertoni se aleja radicalmente de cualquier esteticismo y sus reflexiones poco tienen que ver con lo estrictamente literario. Como si estuviera escribiendo, con el mismo desgarramiento, Bertoni habla de sus obsesiones, sus deseos y sus miedos.

En tu libro *De vez en cuando* aparece de una manera muy descarnada la percepción del dolor. ¿es así de real en tu propia vida?

—Ese libro no puede ser más específico, ya que es el dolor de la separación. Lo que pasa es que el dolor es tan largo, es un sufrimiento que te posee, que se apodera de ti y el único alivio que existe es que se supone que alguna vez se acaba. Pero en la realidad, cuando uno está en una situación como la que relata el libro, lo que se necesita es un exorcismo. Porque es una posesión: necesitas un exorcista, es decir, alguien que extermine esa posesión. Yo soy muy poco drogadicto, pero hay una gran semejanza entre el amor y la drogadicción. Cuando se corta la droga

del amor uno queda con un síndrome de privación horrendo. Yo soy una persona muy sana: duermo bien, casi no tomo, no fumo; bueno, con esa locura del amor te levantas a las 5 de la mañana obsesionado, se acaba el hambre, visitas lugares a los que jamás te hubieras imaginado que ibas a ir. Es la privación y lo único que te puede hacer seguir funcionando es ver ese rostro de nuevo.

—He tenido tres mujeres en mi vida y las tres me han cagado igual. Cuando yo era muy joven y mi mujer se acostó con otro, me pasó algo terrible: me caí sentado, desmayado, la saliva se me puso gruesa como bolita de naftalina. Ella estaba en Nueva York y un amigo me pagó un viaje en la Ecuatoriana: me fui para allá porque lo único que tenía que hacer yo en este planeta era ver a esa persona de nuevo. La encontré con otro y me salió un chorro de sangre por la nariz. Esa experiencia y la que me sucedió hace un mes, cuando me dio un ataque de pánico, es lo-más fuerte que me ha pasado en toda mi vida. Han sido tres mujeres la historia de mi vida y ha sido como ir a beber al mismo lugar siempre.

—Lo más descarnado del libro es su nivel confesional, no recuerdo haber leído algo tan descarnado. Generalmente me provocan rechazo casi estomacal los libros de confesiones amorosas, pero éste es tan poderoso que me conmovió ¿Tú te acababas de separar?

—El libro narra la separación de una mujer. Todo lo que yo putamente escribo es absolutamente autobiográfico. Yo conocí a esa mujer en la micro y ella tenía 15 años, había 30 años de diferencia y era uno de los seres más hermosos que he conocido en mi vida. Para mí era increíble estar cerca de ella, para mí era imposible pensar que la iba a poder tocar y ella me agarró y me cogió. Yo lo único que deseaba era echarme en un rincón y

mirar a ese ser, me hice amigo del papá, que era comunista, hicimos una super buena amistad y de repente esta mujer quiere estar conmigo y para mí fue el pánico. Imagínate que yo nunca en mi vida me he querido casar ni tener hijos y me he aguantado hasta los 54 años. No soy un monstruo, soy un tipo frugal, ascético, pero por otro lado tengo la cosa de la sensualidad, de la ternura, del sexo. Pero esa parte de mí la he ido dejando de lado desde el año 76, cuando regresé de Europa, donde me había ido tan mal. Ahí cayó en mis manos un libro de Thomas Merton, *La vida silenciosa*, que es un libro técnico sobre la vida de los monjes. De repente decidí irme a vivir sólo: voy a intentar ser autárquico como Diógenes, como Crates, como los cínicos, como los estoicos o como Epicuro, que es uno de mis héroes. También había descubierto el budismo zen a través de Zuzuki y los haikú. El taoísmo me funciona, lo hallo limpio. No está la cruz, porque diez años de colegio de curas me hicieron mucho daño. Yo estuve en el Liceo Alemán, un colegio donde ha estudiado mucha gente, desde Silva Henríquez a Enrique Lihn. Pero lo de esta mujer me obsesiona porque hace poco volví. Yo quería separarme, yo no podía seguir con un ser de 17 años, hasta me podían meter preso. No quería estar con ella pero le escuchaba la voz por teléfono y me volvía loco.

—¿Por qué elegiste en el 76 la soledad si eras un tipo que generaba grupos y actividades sociales?

—Era totalmente casual esa actividad, lo hice sin darme cuenta y por los amigos. Volví de Europa muy mal por el último rompeciento que tuve. Murió mi madre a los tres meses y me quedé acá y volví a obsesionarme con otra mujer, con la que estuve nueve años por el culo que tenía. Hay unos textos de Dostoiévski que son maravillosos, cuando uno se apasiona, el tímido deja de serlo, el valiente es un cobarde, el que ama a su madre la mata,

el hombre el roba el diablo. Paradójicamente, lo que yo más quiero en el mundo es vivir tranquilo, quiero estar feliz con el sólo hecho de que haya luz.

Però ya hace 20 años que vives solo: no se pasa el dolor después de tanto tiempo de estar separado del mundo.

—Después del ataque de pánico que sufrí hace unos meses descubrí que los verdaderos superhombres son los seres normales. La apoteosis de la euforia es la mirada normal: mirar por la ventana de la micro y ver nada más que la estúpida vereda y no me tienen que dar el Premio Nobel para verla, la mirada tiene que ser eso. Cuando me siento bien ni leo. Pero ahora descubrí que esa soledad podía estar plagada de fantasmas. Yo ahora estoy tomando medicamentos y si no tomara mi Rabbitol no podría estar conversando contigo porque la angustia me devora.

Tienes 32 libros al lado de tu cama, según dice uno de tus poemas.

—Dejé de leer hace varios meses. Creo que hay libros que me han hecho daño, descubrí por ejemplo que hace diez años que estaba leyendo a Cioran, que es bien distinto a mí. Él es mucho más exagerado, yo tomo el mundo con más humor. Nunca se mató tampoco, siempre escribió que es un alivio que exista el suicidio y nunca lo hizo. Hay algo en él que no es sano, que no quiero más, que es dañino. Prefiero la luz y la ternura, creo que hice un hoyo con mi vida y me gustaría salir de él. Un libro vale callampa. Pendularmente he pensado que la hice super bien en mi vida y por otro que he cometido la estupidez más grande al no tener una mujer y un hijo como todo el mundo.

¿Crees que "todo el mundo" es feliz por solo tener mujer e hijos?

—No, yo miro a mí alrededor y veo la casa de putas que es el mundo, es una de las razones que me hizo escoger mi vida. Es cierto: si miras todas las parejas, no hay ninguna que no se arrastre por las miserias.

Esos fantasmas que te acosan, ¿no surgirán de tu arrepentimiento más que de tu error?

—Yo creo que por que escondí una parte mía, sin darme cuenta, la escondí y la fondí. Yo me negué a ir hacer lecturas, me han invitado para ir a Nueva York y no he ido y me sentía bien con mis decisiones, pero también veo mis noches en Con-Con queriéndome meter en la cama rápido para esconderme. Las mañanas eran dolorosas, descubrí una enorme tristeza, el deseo de estar abrazado a una mujer y no poder. Lo único que hice fue escribir. Hace diez años empecé a hablarle a una grabadora permanentemente y ahora me parece que la grabadora me estaba tragando todos los tallarines de mi cabeza, y todavía no he publicado nada de eso. Pero es demasiado estar conectado diez años con mis propios cables, porque la grabadora está más cerca del pensamiento que la lengua. Yo voy en la micro y le hablo durante todo el viaje.

¿Has desgrabado algo de eso?

—Dentro de dos meses va a salir un libro en Cuarto Propio con esos contenidos, se llama *Una carta*, y tengo otro libro atrassado en Lom porque no tengo energías, no puedo escribir, no puedo hacer nada. Un amigo mío que es matemático me dice: "Con todas esos cassettes, si empiezas a desgrabar hoy vas a terminar cuando cumplas 80 años". Yo me he seguido tan de cerca que no he visto nunca un caso siquiera parecido, estuve grabando mi pensamiento durante diez años. ¡Me lo he dicho todo! Yo estoy ahí dentro de esos cassettes. Te estoy hablando como a mi terapeuta, porque en todo lo que te cuento veo los ingredientes que me hicieron explotar. Mi padre se ha portado excelente, él tiene 84 años y mi único alivio cuando vengo a Santiago es saber que me voy a meter una cama a tres metros de alguien que está todo el día escuchando futbol y la tele argentina. Yo ahí desearo de mi división entre la soledad y la ternura.

¿La elección tiene que ver con la ternura o con el sexo?

—No hay nada más profundo que la piel de una mujer. El otro día estaba pensando en todos esos culos que me han enloquecido, porque ahí está la presa. Yo a los 6 años me enamoré de una señora que tenía 30 y soñé con ella, soñé que me besaba y se lo

dije, y ella en vez de tener un gesto de cariño me dijo "mírenlo al perla", y de ahí para adelante pasó a ser el ser sexualmente más frustrado del universo. Yo todos los días tiraría a las mujeres en la vereda para tocarlas, o para verles el calzoncillo, poder mirarme una teta, un pezoncito, ya ni siquiera tocar.

Eso es como una condena masculina, la mendicida sexual.

—Hace poco escuché que hay una enfermedad, una glándula que debería dejar de funcionar a los 25 años pero que a veces sigue activa. A San Agustín le pasaba eso, como a San Francisco de Asís, que también estaba jodido con las mujeres. Por eso le pregunté a Ernesto Cardenal cuando vino a Santiago—porque a él le gustaban las mujeres—cómo cambió a las mujeres por Dios. Porque los culos de las mujeres son reflejos de Dios, por eso he leído tanto los textos de los santos como Catalina de Siena, que dice "si una gota de lo que siento cayera en el infierno en el acto lo transformarían en el paraíso".

¿Por qué hiciste una traducción de Bukowski?, ¿por qué tiene que ver él con ese mundo del que hablas?

—Que me gusta mucho, me siento muy cerca de él, soy su hermano, hablo como él y podría escucharlo a él horas. Lo entiendo, también quiero a mis amigos curados y los siento mientras me van. Yo creo que Bukowski está en la verdadera. Ese poema del tipo que tiene cínico en la cabeza, va a la casa y le tiene que cambiar los calzones a la mujer que tiene el mal de Alzheimer y se pega un tiro en la cabeza: eso es la biblia, para mí ese texto es el mundo.

¿Nunca te identificaste con la generación beat?

—Ginsberg es un tipo que me gusta mucho, lo tengo mucho cariño, lo hallo desdoblado. Escribió poemas pésimos pero se reía, metiendo toda la maldita huenda adentro de lo que escribía, no se puso a escribir poemitas, es un alivio, es de verdad.

¿Tienes miedo?

—Tengo mucho miedo. La gran palabra para mí es *miedo* y no la quiero ni mencionar a veces. La Teresa de Calcuta debe haber sido la mujer que más tranquila ha dormido sobre la faz de la tierra porque se olvidó de sí misma. Las personas que lavan leproso no tienen miedo. No veo otro descanso del miedo más que ése.

Las monjas y los curas, qué manera extraña de lavarse las manos del mundo...

—La Teresa de Calcuta abrazaba a esos tipos con llagas y los curaba porque no era como ellos, no los podía perjudicar más. Pero yo no tengo esa fuerza.

He visto hermosas fotos que has hecho...

—He trabajado mucho con desnudos por esa fascinación que me produce el cuerpo de la mujer. A los hombres no les gustan las mujeres, las necesitan pero no gustan verdaderamente de ellas, quizá les gusten a Bataille y a Breton y quizá me gusten a mí. Pero los hombres en general no pasan del nivel de "mijita rica".

Has publicado muy poco para tanta producción literaria.

—No he publicado nada y todo lo que he escrito habla de lo mismo: de lo desconcertante que es haber aparecido en esta argamasa de tierra y de fuego y convertirse en una pregunta. Lo hallo tan oneroso que lo único que puede hacerse es hablar de eso. Escribo por pura necesidad, porque pasan todas estas cosas en mi vida y no puedo hacer nada con ellas, sólo puedo consignarlas y es una forma de exorcisar el mundo. Esa es mi única relación con la maldita literatura que odio, para mí no existe la literatura, es una banalidad, la mayoría de los escritores sólo se van felices pero yo no los puedo leer. Sin embargo, tuve siempre una actitud suicida en mi vida, abandoné la universidad, no pensé cómo iba a ganar el pan, empecé a leer como imbecil. Me fui de Nueva York porque mi mujer estaba con otro. Tú sabes que Novalis decía que tocar un cuerpo es tocar el cielo. Bueno, a veces también puede ser el infierno ver como alguien toca ese cuerpo. ▀

Los adioses

por Pablo Azócar

Hacia más de quince años que no visitaba la Estación Central; no salí ileso de la experiencia. Nostálgico recreitante, fui asaltado por imágenes y olores que me llevaron de un plumazo a una infancia que a punta de dolores sin terapia creía cancelada. Como las magdalenas de Proust, entre los trenes desveniciados, entre los campesinos con sus canastas y sus maletines antiguos, entre los controladores con su aparatosa dignidad de trajes gastados y sus canas y sus pitos de árbitro de fútbol, de pronto me vi convertido en ese pendejo que llevaba desusados pantalones cortos para su edad y que observaba con desolación que siempre eran otros los que subían a esos vagones que a mis ojos prometían excitantes paisajes de fin de mundo y aventuras de Rocambole y de Julio Verne. Ahora, a los 40 años, lo supe: jamás me sobrepuse a aquella nostalgia, jamás me abandonó la infame melancolía de ver partir el tren y quedarme detenido, congelado como un cadáver, entre los grasientos pastizales de los rieles. Con los años y el destierro voluntario me hice más o menos erudito en despedidas y dramones de aeropuerto, pero sólo ahora supe dónde estaba anclada la irremediable, la cabrona desolación que me sobreviene en los vestíbulos de las estaciones y ante los mesones de las líneas aéreas. Despedir a un gran amigo o un gran amor lleva siempre el sello de la tortura, porque es una muerte tan banal que nadie siquiera te consuela. Por los parlantes se oye el último llamado y de pronto los minutos y los segundos adquieren un desleal carácter de urgencia, te abrazas, no sabes qué decir, apuras algún saludo, y de pronto descubres que te quedaste solo, solísimo, y miras a tu alrededor y apenas ves maletas y rostros fatigados y ninguno es ese rostro que te duele en todo el cuerpo. Siempre hay algo que uno hizo mal en la vida, siempre hay algo que se torció en alguna parte cuando llega ese momento, pero la constatación sólo sirve para masticar la rabia y la impotencia, la misma que uno siente cuando mira tozudamente, una y otra vez, el final de *Casablanca* y jamás sucede que Humphrey Bogart e Ingrid Bergman suben juntos a la avioneta que los aguarda con los motores atronando en la pista. Soy uno de los imbeciles que visitaron Casablanca sólo como un acto de nostalgia y descubrieron que allí jamás había neblina y que es la ciudad más fea de Marruecos. En las despedidas uno nunca dice lo que tiene que decir, y sólo cuando vas de vuelta a casa rememoras esas dos o tres palabras que no salieron y que en tu fantasía acaso hubieran cambiado el curso de las cosas. "Soy un desterrado desde que nací", decía Nabokov, uno que supo siempre que Itaca no existía, que tu ciudad es la misma que encontrarás en todas partes y que la vida que aquí perdiste la has destruido en toda la tierra.